

revindica para el cementerio de Pretextado, sus antepasados la atribuyen à la Catacumba de San Calixto; la diferencia de opiniones viene de la incertidumbre que reina en los límites respectivos de uno y otro. Aquí se da al cementerio de Pretextado galerías y cryptas miradas bajo otro aspecto, como parte integrante del cementerio de San Calixto. Lo que aumenta la dificultad es que los monumentos primitivos confunden á menudo en un nombre comun estos dos grandes cuarteles de la ciudad de los mártires. Así, en las *Actas de Santa Cecilia* se dice sucesivamente que fué encontrada en el cementerio de San Sixto, que forma parte de la Catacumba de San Sixto y que fué hallada en el cementerio de Pretextado. 1 Lo mismo sucede con un gran número de otros mártires. Pero lo que no deja ninguna duda sobre esta comunidad de nombres, es un antiguo manuscrito del Vaticano en donde se encuentra la expresion siguiente: "En el cementerio de San Sixto ó de Pretextado, situado fuera de la puerta Apia. 2" Además la pluralidad de los nombres se explica fácilmente. Las Catacumbas no fueron cavadas en un dia. Al primer piso se le agregó un segundo y á veces hasta un tercero, y el nombre del cristiano generoso que habia contribuido á aquellos aumentos, ó del mártir ilustre que fué á honrarles con su sepulcro, se agregó en el lenguaje del pueblo al nombre primitivo

1 In ms. quibusdam codd. ubi S. Caeciliae corpus in coemeterio Xysti repertum fuisse legitur, id Bibliothecarius in Pretextati coemeterio contigisse pronuntiat. — En algunos códices manuscritos se lee que el cuerpo de Santa Cecilia fué encontrado en el cementerio de Sixto; esto dice el Bibliotecario que sucedió en el cementerio de Pretextado. — Aringhi, lib. III, c. XVI, p. 283.

2 In coemeterio S. Xysti seu Praetextati, sito foris portam Appiam, *Cod. ms. Vat.*, apud Aringhi, lib. III, c. XIV, p. 284.

del cementerio. Los ejemplos de esto no son raros.

Exceda ó no en extension á todas las demas, es cierto que la Catacumba de Pretextado reducida á sus fronteras verdaderas, presenta proporciones colosales; y así debia ser. Por una parte está abierta en la vía Apia, regada con la sangre de gran número de mártires y destinada por la Providencia á ser en la Roma cristiana lo que fué en la Roma pagana, la reina de las vías y el cuartel general de la gloria. Por otra parte, la naturaleza del terreno se presta mejor que en otros lugares á las excavaciones subterráneas. Mientras en las más de las otras Catacumbas el sepulturero se encuentra á cada paso contrariado por capas de toba litóidea ó de puzolana, aquí no encuentra más que una capa homogénea de toba granular. No se ve en el cementerio de Pretextado ni aquellas paredes de sostenimiento, ni aquellas irregularidades que dan testimonio de la dureza extrema ó de la frialdad del suelo. Allí se encuentran, al contrario, las más bellas galerías y las más grandes cryptas conocidas hasta aquel dia. Entre estas últimas, el P. Marchi acaba de descubrir una que tiene veinte metros de largo.

Detengámonos ahora en el umbral sagrado y echemos una mirada general sobre las glorias que han hecho santa y venerable la tierra que nuestros piés van á pisar. La Catacumba de Pretextado, imagen de la Iglesia católica, ó más bien, imagen del cielo mismo, fué el lugar de los héroes cristianos de todas edades y de todos países. El orden sacerdotal cuenta en ella Papas, sacerdotes, diáconos y levitas mártires de la guerra, y mártires de la paz; la vejez y la juventud; el Oriente y el Occidente, el matrimonio y la virginidad están allí presentes en un número infinito de gloriosos embajadores. El au-

gusto senado está descrito en la antigua inscripcion colocada por el Papa Dámaso à la entrada de aquel cielo subterráneo bastante venerable para que el Pontífice virgen haya osado fijar allí su sepultura:

HIC CONGESTA JACET QVÆRIS SI TVRBA
PICVVM CORPORA SANCTORVM
RETINENT VENERANDA SEPVLCBRA SVBLIMES
ANIMAS RAPVIT SIBI REGIA COELI,
HIC COMITES XISTI PORTANT QVI EX HOSTE
TROPHAEA.
HIC NVMERVS PROCERVVM SERVAT QVI
ALTARIA CHRISTI,
HIC POSITVS LONGA VIXIT QVI IN PACE SACERDOS,
HIC CONFESSORES SANCTI, GRAECIA MISIT,
HIC JVVENES, PVERIQVE, SENES, CASTIQVE
NEPOTES, QVIS MAGE VIRGINEVM
PLACVIT RETINERE PVDOREM. HIC FACTOR
DAMASVS VOLVI MEA OONDERE MEMBRA
SED CINERES TIMVI SANCTOS VEXARE PRIOSRVM.

"¿Quereis conocer la multitud de santos sepulcros en este lugar? Aquí reposan sus cuerpos sagrados en venerables sepulcros, mientras que sus almas gloriosas reinan en los cielos. Aquí están los compañeros de Sixto encargados de los trofeos de su victoria. Aquí una multitud de nobles defensores de los altares de Cristo. Aquí el sacerdote cuya vida pasó en el seno de una larga paz. Aquí los sacerdotes confesores que la Grecia envió. Aquí jóvenes, niños, ancianos y una generacion que luce con todo el brillo de una pureza virginal. Aquí, lo confieso yo, Dámaso, que he querido ser inhumado; pero temo turbar las cenizas sagradas de los amigos de Dios."

La Catacumba de Pretextado tenia, como las demas, muchas entradas. Parece que la principal se encontraba á diez minutos de las murallas de Roma, cerca de la iglesia de San Apolinar. Como quiera que sea, á ella se entra por escaleras ocultas en las viñas que cubren el espacio entre la vía Ardeatina y la vía Apia. El viajero encuentra allí las galerías, los *loculi*, los *cubicula*, en una palabra, todas

las partes ya conocidas de los otros cementerios. No hay diferencia más que en la regularidad, en el número y en la extension. Sentimos vivamente no poder llevar nuestra visita hasta las profundidades de aquella ciudad santa; pero los derrumbamientos, las obstrucciones naturales ó de mano del hombre, oponen un obstáculo invencible á la curiosidad más ardiente. Al ménos nos fué dado ver la bella crypta, ó más bien la iglesia, cuyo descubrimiento acaba de hacer el P. Marchi. Desgraciadamente está obstruida de terrones de suerte que no pueden describirse con exactitud las partes secundarias. En su forma general se parece á todas las demas, aunque presenta proporciones más desarrolladas.

La exigüidad de las iglesias subterráneas es la regla, y la excepcion el tamaño. A este hecho constante, la ciencia asigna muchas causas cuyo útil conocimiento es un nuevo rasgo de luz á las dificultades de los tiempos primitivos y á la santidad de la Iglesia naciente. Se comprende sin esfuerzo que la naturaleza de los lugares y de los terrenos oponia un obstáculo muchas veces insuperable á la construccion de grandes basílicas; pero atenuando y aun separando esta primera dificultad, quedaba otra mucho más seria; esta era la pobreza de la comunidad cristiana. En aquellos tiempos de guerra y de despojo en que se contaban por centenares las víctimas abandonadas sin sepultura; en que los padres conducidos al martirio dejaban tantos huérfanos á cargo de la Iglesia; en que las ruinas y las prisiones abundaban en confesores; en que los países lejanos se poblaban de familias enteras condenadas á destierro, ciertamente la caridad apenas encontraba los recursos necesarios para dar pan, vestidos y demas socorros indispensables á todo aquel pueblo de pobres.

Tal era en efecto la direccion que se daba á las limosnas de los fieles; no vemos en ninguna parte que estuviesen destinadas á la construccion de los templos ó de las basílicas. «Nuestras asambleas, dice Tertuliano, están presididas por ancianos recomendables; cada uno de nosotros lleva una módica suma al fin del mes, cuando quiere y como quiere, segun sus circunstancias, porque nadie está obligado á ello, todo es voluntario. Esto es como un depósito de piedad que no se consume en comidas ni en estériles disipaciones; se emplea en el alimento de los indigentes, en los gastos de sus sepulturas, en el mantenimiento de los pobres huérfanos, de los domésticos cansados por la edad, de los naufragos, de los cristianos condenados á las minas ó al destierro, ó detenidos en las prisiones por causa de Dios.»¹ Todos estos gastos, no transitorios sino inherentes al espíritu de la Iglesia, daban á penas lo necesario para alimentar á los ministros sagrados; lo hemos visto por la carta del Papa San Cornelio.

Supongamos, sin embargo, que la naturaleza del suelo y que los recursos de la comunidad permitiesen construir en las Catacumbas grandes iglesias; ¿hubiera sido de conveniente hacerlo? Aquí tambien la respuesta es negativa. La prudencia cristiana y la prudencia humana lo prohibian igualmente.

Es conocida toda la solicitud de la Iglesia por conservar sin mancha la pureza de las costumbres entre los niños. En los

¹ Præsident probati quique seniores. . . . Modicam unusquisque stipem menstrua die, vel cum velit, et si modo velit, et si modo possit, apponit. Nam nemo compellitur, sed sponte confert. Hæc quasi deposita pietatis sunt. Nam inde non epulis nec potaculis, nec ingratis voratrinis dispensatur; sed egenis alendis, inhumandisque, et pueris ac puellis, re ac parentibus desitutis, jamque domesticis, senibus, item naufragis; et si quis in metallis, et si qui in insulis vel in cuffedis, duntaxat ex causa Dei esctæ, alumnii concessionis suæ fiunt. *Apol.*, c. XXXIX.

primeros siglos su vigilancia debia, si es posible, ser mucho mayor y más continua. El honor de los cristianos atacado por las más infames calumnias, exigia bajo este respecto precauciones excesivas. Los neófitos que salian del seno del paganismo, habituados desde la infancia á las prácticas inmorales nacidas con ellos, consagradas por la religion, autorizadas por las leyes y confirmadas por el ejemplo, debian resentir, aun despues del bautismo, más de un ataque de aquella antigua concupiscencia. Agregad que las reuniones de los dos sexos tenian lugar en los oscuros subterráneos de las Catacumbas y á la luz de solo las antorchas. ¿Era necesario más para que la Iglesia haya rechazado con toda la extension de su prudencia la construccion de grandes cryptas y de grandes iglesias, en donde á pesar de todas las precauciones, la vigilancia se habia hecho muy difícil, por no decir imposible?

A la prudencia cristiana se juntaba la prudencia humana. ¿Qué peligro más continuo que el de ser sorprendido sepultando á los muertos, si Roma no hubiese tenido más que una sola Catacumba? ¿Cómo trasladar, por ejemplo, á los mártires de la Vía Apia á las Catacumbas Vaticanas, ó á los mártires de la Vía Aureliana á las Catacumbas de la Vía Nomentana, sin correr veinte veces el riesgo de ser arrestado ó descubierto? Para alejar el peligro se abrieron los cementerios alrededor de la ciudad. Del mismo modo si se suponían algunas grandes iglesias solo en cada Catacumba, el peligro reaparece en toda su extension. ¿Cómo podrán trasladarse á aquel lugar de gran reunion los fieles, es decir, los hombres, las mujeres, los ancianos y los niños? ¿Irán todos juntos? el peligro es cierto. ¿Irán aislados? serán necesarias muchas horas para formar asamblea. Más largo será su paso á través del campo romano, y más seguras y numero-

sas las ocasiones de ser percibidos. Por otra parte, si solo se suponen algunas iglesias, será necesario que un gran número de hombres, de mujeres y de niños pasen juntos ó sucesivamente por algunos caminos solamente para dirigirse allí; este es otro inconveniente igualmente grave, igualmente cierto.

No existia más que un solo medio de evitar los peligros de dos naturalezas que amenazaban la vida y las costumbres de los fieles; este era abrir un cierto número de entradas en cada Catacumba, practicar escaleras separadas para los hombres y para las mujeres, y en fin, multiplicar las pequeñas iglesias, capaces solamente de contener una asamblea poco numerosa. Hé ahí lo que se ha hecho.

«Considerando la pequeña dimension de nuestras iglesias subterráneas, dice el P. Marchi, encontrándolas abiertas en cada cementerio ¿qué digo? multiplicadas en las diferentes partes del mismo cementerio, creo poder afirmar por una parte, que no hubo allí nunca en cada una de aquellas venerables cryptas una asamblea de cien personas, mientras por otra parte, su multitud permitia á los cristianos encontrarse separadamente, es cierto, pero al mismo tiempo, en la misma Catacumba en número de muchos miles. Por este medio todo pasaba en orden y sin peligro; los sacerdotes, los diáconos, las diaconisas podian ejercer útilmente su ministerio, que tenía por objeto principal, no la reunion de la asamblea, sino el orden y la decencia.»¹

¹ Nel considerare le piccole dimensioni di queste chiese, nel vederle aperte in ciascun cimitero, anzi in ciascun cimitero in molte varie a di luoghi raddoppiate, credo non ingannarmi nello stabilire che quaggiù in un medesimo luogo non si tennero mai adunanze di cento persone; ma che contemporaneamente in tanta varietà di cimiteri in tanta molteplicità di chiese in ogni cimitero divisamente si potevano i fedeli raccogliere in molte migliaia. I sacerdoti, i dia-

De lo que precede no se debe deducir que no se encuentra en las Catacumbas ninguna iglesia capaz de contener más allá de cincuenta ó sesenta personas. La exigüidad de las cryptas hemos dicho que es la regla; pero esta regla no carece de excepcion. Si la prudencia exigia que los lugares de reunion fuesen muy numerosos y muy poco extensos, la majestad de nuestros misterios exigia que hubiese en ellas al ménos algunas iglesias, cuyo tamaño permitiese ejercer las augustas funciones con la dignidad conveniente y en presencia de una asamblea más numerosa.

Las ceremonias del Bautismo y del Orden, por ejemplo, eran demasiado edificantes para privar de ellas á los fieles y demasiado solemnes para que fuesen dignamente desempeñadas en un espacio estrecho. Se encuentran en efecto en las Catacumbas, iglesias cuyas proporciones permiten desplegar libremente la pompa del culto divino á la vista de una gran multitud. Recordaré entre otras la de la Catacumba de Pretextado, en la cual estamos en este momento y que ha dado lugar á los detalles que preceden. Aquellas iglesias de mayor dimension reunidas á las cryptas ordinarias, completan las ventajas religiosas de la Roma subterránea y hacen lucir con gran brillo la inagotable sabiduría de los Pontífices que presidieron á su fundacion. Seguridad, santidad, edificacion, consuelo de los fieles; ellos proveyeron á todo esto.

coni, le diaconesse avevano per uffizio loro principalissimo di provvedere che le adunanze si facessero, ma in modo che da esse la chiesa non avesse a risentirne danno. P. 122.